

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

**occidente:
moral
o mercado**

EL cariz de esta posguerra es totalmente distinto al de las anteriores. Ahora mismo se está produciendo un hecho singular: unos cuantos países, uno de ellos Francia, han enjugado con los Estados Unidos su deuda de guerra, saldando apresuradamente una cuenta que, según contrato, no debía ser finiquitada hasta el final de esta década.

El acontecimiento es sintomático y revela la transformación extraordinaria de este mundo, en sus finanzas, en sus teorías y en sus previsiones. Verdaderamente, se está cerrando un ciclo histórico y otro nuevo abre su parábola. Infinidad de sugerencias inéditas vienen a arrumbar antiguos conceptos; infinidad de prejuicios pasan a la historia.

En las guerras anteriores, los países vencedores y poderosos aplicaban su ayuda a los países vencidos como una sanción. Quedaba implícita la idea de que el vencedor de la guerra debía recuperar sus costas, exactamente igual que en los pleitos de juzgado. Sin que haya dejado de ser así, es evidente que las gabelas de la reconstrucción de los países castigados por la guerra no han constituido esta vez una coacción infranqueable para ellos. Y, al cabo de quince años de trabajo en común y de reconstrucción positiva, muchos de ellos se hallan en situación de anticiparse al plazo que les fuera fijado y pagan a tocateja el copioso préstamo.

Pero creemos que hay aún otro aspecto más agudo y revelador en la cuestión. Los pueblos de hoy pagan cuando el dólar va barato o cuando hay síntomas claros de que les resultaría más caro pagar más tarde. En los dos últimos meses se han advertido síntomas claros de una recesión monetaria en los Estados Unidos. Los dramáticos valvenes de la bolsa en Nueva York, con sus repercusiones en el mercado internacional de la moneda, pueden aconsejar a los técnicos de todos los países interesados una política de pronto pago. ¿Qué puede llegar a ser el dólar en el año de gracia de 1970? Esta es la pregunta cuya difícil contestación se han apresurado a soslayar los gobiernos que eran, en cierto modo, feudatarios, mediante las deudas y créditos de guerra, de las arenas de los Estados Unidos de América.

Eso mismo nos preguntamos también a veces nosotros, que no somos técnicos en la materia y que, además, no albergamos, en el fondo de nuestro chaleco, ni un a s o m o de dólar. Pero nuestra simple curiosidad de lectores de periódico nos hace zozobrar a veces ante las cifras, verdaderamente cósmicas, que en el presupuesto americano van aplicadas a partidas de fondo perdido. Pensar que cada uno de los cohetes infernales ha de salir de este mismo bolsillo del chaleco de los contribuyentes, y que algunos de estos cohetes estallan nada más partir; pensar en el ritmo acelerado y trepidante de los resortes de la economía americana y en el fabuloso montaje de su administración induce a la inquietud. La teoría expansiva de la economía americana, magistralmente desarrollada en la posguerra mediante el plan Marshall, puede haber llegado a un

máximo de desarrollo. La lucha la prevalece Stalin más en un orden económico que propiamente en un orden militar o estratégico. Se equivocaba el georgiano al considerar inevitable un «crac» económico de los Estados Unidos para los años cincuenta. Pero ese «crac» que se eludió entonces, precisamente por la virtud del plan Marshall, podría sobrevinir posteriormente y no de una vez, sino en proceso progresivo e ineluctable.

Probablemente, la vitalidad y el empuje de la tremenda organización social que son los Estados Unidos de América afrontará, como en ocasiones anteriores, el riesgo de su audaz economía. Mas es evidente que el signo de la hegemonía absoluta de prestigio y de su fortaleza financiera sobre el resto del mundo libre empieza a encontrar un declive en el auge de las economías que hasta ahora eran sus filiales y sus feudatarias. Estamos asistiendo al crecimiento de esta tercera fuerza que propugnara Churchill al final de la

unos kilos más o menos

diéticas capaces de controlar los impulsos del organismo, en cuando a crecimiento y desarrollo, el «bridge», la «scannasta» y otra multitud de juegos de salón han visto menguados sus cuadros; y, en cambio, acrecen las reuniones propiamente de salón, para comentar la racionalidad de los regímenes, sus resultados prácticos y los nuevos hallazgos que garantizan, a las señoras con propensión a engordar, una línea plausible.

Yo creo que, desde que el mundo es mundo, la humanidad se ha dividido en gordos y flacos y que es, en cualquier caso, imposible que las pastillas nos conviertan a todos en apolíneos e intachables. Pero una de las virtudes de la naturaleza humana es la esperanza y hay damas que esperan ser flacas ahora, cuando no lo fueron antes.

Por lo que respecta a la gente con quien me trato, puedo decir que desde hace años me reúno a cenar todas las noches de los domingos, en verano y en invierno, con un grupo de amigos. Todos nosotros vamos acompañados de nuestras mujeres. Ellas son todas esbeltas y —lo que nos honra— no afectadas a la novedad de las pastillas o productos de hoy, que conservan la línea. No así los hombres. Entre ellos abundan los pesos fuertes y aun los pesos pesados. La tenacidad de la mujer es implacable. Esas damas esbeltas aspiran a que sus maridos las ganen en flexibilidad y juventud. Tarea difícil, dado el vigor natural de algunos de ellos y la inconsciente resistencia que presentan al plan dietético.

Durante la semana —sujetos como estamos a la disciplina familiar que, como es sabido, aplican en los hogares decentes las amas de casa, y no nosotros—, los varones se ven sujetos a la restricción más estricta de todo manjar perjudicial, es-

guerra, en su discurso de Zurich. Europa es una entidad que vuelve a su juventud rectora; los países de Europa se permiten ahora el lujo, oportunista y sagaz, de liquidar sus deudas con los Estados Unidos. Francia ha liquidado 283.400.000 dólares y ha adquirido, además, de las arcas americanas una suma de 112.500.000 dólares oro. Estamos muy lejos de la inquietud y de las fricciones que producían las consecuencias de la guerra anterior. Alemania no solo está al día con sus antiguos ocupantes, sino que les subvenciona, si hace falta. Todos los hombres de buena voluntad debemos de alegrarnos de este hecho, siempre y cuando el ilustre concepto llamado Occidente no se confunda y se excluyese al otro lado del Atlántico. Una cosa es el Occidente, en su envergadura y en su contenido histórico y moral, creador y estético, árbitro de una tradición, y otra, distinta, el mercado o la técnica de Occidente.

pecialmente gruesa; a cambio, las medias naranjas les tienen a punto un auténtico botiquín de productos farmacéuticos, leches desnatadas, pastillas de chocolate sin chocolate, café sin café y preparados en cuyo prospecto se determina que en una cucharadita como de azúcar se contiene el alimento de tres filetes a la parrilla. La consecuencia es que en las cenas dominicales los así proselitarios de los placeres de la cocina, forzados a semianajar durante toda la semana, batan todos los récords previsibles en cuanto a la ingestión de aples de cerdos, «entrecotes marchand du vin» y el «fruits de oronda cazuela» y caluroso rito. Nada ni nadie hay capaz de pararlos. El régimen dietético se va al traste en cuanto aparece la abundante carta, de la que ya no distinguen, desvanecidos como se hallan por la tremenda desnutrición, el postre del pescado.

Mucha es la gente a la que no le sientan mal las restricciones de la mesa, precisamente por su desahogado despliegue de energías a la hora de esgrimir el tenedor. Los muchos kilos —o los kilos de sobra— perjudican al organismo, alteran la circulación, conducen al desequilibrio. Pero la mengua arbitraria de kilos, en aras solo de una discutible estética personal, hace parecidos estragos. ¿Quién nos dice el peso que debemos pesar? Nos lo dice la gana con que comemos, la alegría con que vivimos, nuestra propia presencia física y mental en un mundo que nos va poniendo zancadillas episódicas, que nos tensa los nervios, que a veces nos impide dormir, que amolda nuestras carnes a nuestro precario estado de salud o a nuestra fortaleza, sin que estemos demasiado en la obligación de depositar todos estos lances en la báscula. Eso es lo que no quieren entender las hermosas señoras delgadas: que los hombres pesamos, según el principio de Arquímedes, la cantidad de cnojo inútil que conseguimos desalojar. Y que no es solo la materia la que pesa o la que pierde peso. Es algo más.